

rio hasta poner en América la cuna de la humanidad, que de allí pasó á los antiguos continentes. Pronto hubo que desechar todas aquellas fantasías, de las que, sin embargo, aún duran las huellas en muchos aficionados á la lectura, y aunque no podamos por menos de reconocerle algunos servicios prestados á la ciencia, hoy sólo debemos decir que hay que consultar siempre sus obras con el mayor recelo (1).

Otros más cuerdos autores, desengañados por tan peligrosos intentos, se limitaron á cosechar datos y recopilar cuantos antecedentes podían proporcionarse para resolver en su día, con más claro criterio, aquellas cuestiones. Entre estos más beneméritos, merece preferente lugar Lord Kingsborough, espléndido editor de las *Antiquities of Mexico comprising facsimiles of ancient mexican paintings and hieroglyphies*, etc., Londres, 1830; monumental obra en la que reunió y dió á conocer un verdadero tesoro documental para la historia del Nuevo Mundo, y que estimuló á muchos á seguir su estudio.

Aprovechando estos materiales escriben libros ciertos acreditados historiadores, en cuyas obras marchan bastante

(1) Las obras más conocidas del Abate Brasseur de Bourbourg son: *Histoire des nations civilisées du Mexique, et de l'Amérique centrale durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb*.—París, 1897, cuatro tomos.

*Popol-Vull*.—Estudio sobre el mismo..... 1861.

*S'il Existe des sources de l'histoire primitive du Mexique dans les monuments égyptiens, et de l'histoire primitive de l'ancien monde dans les monuments américains?*—París, 1864, un volumen.

*Relation des choses du Yucatan de Diego de Landa*.—Estudio, 1864, París.

*Recherches sur les ruines de Palenqué, et sur les origines de la civilisation du Mexique* (con gran álbum de láminas).—París, 1866.

*Manuscrito Troano: Etudes sur le système graphique et les langues des Mayas*.—París, 1869, dos tomos.

unidas la estética literaria con cierta plausible aplicación de la prueba documental, presentándonos cuadros muy animados, tanto del estado de los indios como de las hazañas de sus conquistadores, como acontece en los trabajos de Prescott, hechos con pretendida serenidad de historiador, aunque no muy fieles en ciertos detalles (1), y la de Washington Irving, no menos curiosa ni bella en su estilo, si bien adolece de los mismos defectos, propios de todos los extraños al tratar de nuestras cosas, y de la época en que se escribieron, más propensa á las flores literarias que á la solidez y la seriedad de la Historia.

El movimiento científico americanista va adquiriendo en este siglo cada día mayor incremento; los viajes de Waldek, Desiré Charnay y Maudslay nos proporcionan obras monumentales con datos interesantísimos sobre las más célebres construcciones americanas, de las que también se ocupa Viole-le-Duc, y no hay nación, en tan basto territorio, que no se proponga inquirir y aclarar en lo posible el pasado de aquel suelo desde los más remotos tiempos. Los Estados Unidos, con sus grandes trabajos del Instituto Smithsonian, compendiados en el *Smithsonian Report* desde el año de 1872, y el *Annual Report of the Bureau of Ethnology*, que desde el año 1879 nos viene proporcionando la serie de tomos de doctrina más completa sobre los aborígenes norte americanos, y autores tan laboriosos como Mr. Baneroff y Brington para la filología y tantas otras ramas del americanismo; Méjico, que con Peñafiel, D. José Fernández Ramírez y don

(1) Willian H. Prescott, *Historia de la Conquista de Méjico, con una reseña preliminar de la civilización antigua mejicana y la vida del Conquistador Hernán-Cortés*.—Londres, 1843.

*Historia de la Conquista del Perú, precedida de un cuadro de la civilización de las Incas*.—Londres, 1847.

Manuel Orozco y Berra, emprenden las más costosas obras, llenas de nueva doctrina, aunque imprimen en ellas un acento de autotonia demasiado regional en las civilizaciones aborígenes, difícil de compaginar con las corrientes más seguidas hoy en los estudios históricos comparativos, del que no se libran del todo autores tan eminentes como D. Alfredo Chavero y el Sr. Paso y Troncoso, verdaderas glorias actuales del país á que pertenecen, forman una sección bibliográfica, del mayor aprecio para el estudio del continente septentrional.

En la región central cultivan estos estudios, con gran provecho, el Sr. Carrillo, autor de la *Historia Antigua del Yucatán* (Mérida de Yucatán, 1883), haciéndolo en la región de Costa Rica el por tantos títulos ilustre Sr. D. José María de Peralta y el joven Director del Museo Nacional de San José, D. Anastasio Alfaro.

De la región Sur se ocupan, con no menos éxito, en resucitar su pasado, los Sres. Restrepo en Colombia, autores de obras curiosísimas sobre los chipehas y los quimbayas; el Sr. D. José Manuel Groot edita en Bogotá, en 1889, su importante obra *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, llena de erudición; el Sr. González Suárez es autor de cuatro tomos de *Historia del Ecuador* (1890); D. Liborio Cerdad imprime en Bogotá en 1883 su libro sobre *El Dorado*, sin faltar otros varios autores en el Perú y Bolivia.

También hay que citar las obras de ciertos europeos que en mucho vienen á dilucidar sus debatidos puntos y completar las doctrinas, como los de Gustavo Nordenskiöld, sobre las ruinas de los *Cliffe Dwellers*; el Dr. Seler, una de las más salientes figuras actuales del americanismo; el no menos sabio Dr. Bobalius, de la Universidad de Upsala, que estudia con preferencia la laguna de Nicaragua, y en el Perú conta-

mos con publicaciones tan importantes como las de Mr. Charles Wiener, autor de la importante obra *Perú y Bolivia*; el soberbio álbum de *Kultur und Industrie Südamerikanischer völker*, publicado por A. Stübel, y el más arqueológico, dedicado especialmente á los huacas y sus momias, *Das Todtenfeld von Ancon in Peru*, por W. Rein y el propio A. Stübel, más la recientísima tan notable *The Ruins of Tiahuanaco in the uplands of Ancient Peru*, también por A. Stübel y M. Uhle.

Entre nosotros se cuentan notables autores que han dedicado su inteligencia á esta rama del saber, tan interesante para España. Tal el malogrado D. Justo Zaragoza, incansable ilustrador de curiosidades americanas; el ya citado D. Marcos Jiménez de la Espada, Miembro que fué de la expedición científica al Pacífico, cuya competencia y profundidad han sido tan repetidas veces reconocidas en los Congresos americanistas, á los que para honra nuestra ha concurrido. También merece los mayores plácemes del americanismo el tan distinguido arqueólogo D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, cuya edición del M. S. del Padre Landa salió purgada por él de tantas inexactitudes como contenía la transcripta por el Abate Bourboug.

La comunicación entre los sabios que se dedicaban en ambos continentes á estos estudios se hacía precisa, y de aquí el celebrarse, desde el año de 1874, los Congresos de americanistas, en que la solemnidad de las sesiones estimulaba á los trabajos más completos y lucidos sobre tan obscuras materias y las discusiones más luminosas acerca de ciertos puntos dudosos.

Anhelo de estas asambleas era el ver reunidas todas aquellas reliquias, de cuyo estudio comparativo pudiera resultar la deseada luz; y gran paso para ello fué la apertura

de una Exposición Americanista en Madrid en el año de 1881, coincidiendo con el 4.º Congreso que aquella vez celebraba sus sesiones en la Corte de las Españas. Pero sólo como ensayo, aunque lucido, se puede considerar este Certamen, comparado con lo que aconteció más tarde en la Exposición Histórico-Americana de Madrid en el IV Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo.

A pesar de aquellas preciosas noticias y la confianza que nos inspiran los trabajos de los citados autores, nunca hubiéramos comenzado, sin embargo, el nuestro á no haber tenido la suerte de disfrutar de tantos otros datos monumentales precolombinos como se reunieron en esta nunca bastante ponderada Exposición Americana. La prueba arqueológica, que viene siendo la sancionadora y complementaria de la documental en los estudios históricos, inapelable y decisiva en tantas cuestiones, ha sido tan abundante, tan general de uno á otro extremo, presentando tan ostensible y fehaciente todo el pasado precolombino de aquel Mundo, antes tan desconocido, que formará época, abriendo una nueva etapa en el estudio de las materias históricas americanas. Este examen de tanto monumento reunido, esta vista de todo lo más selecto que ha brotado de aquel suelo, ha sido la causa determinante de nuestro trabajo, y lo que nos hizo sentir la necesidad de explanar algunas de las ideas con tan singular ocasión ocurridas.

Todos los Estados que hoy dividen a aquel amplio Mundo, con contadas excepciones, acudieron, trayéndonos cada uno lo más característico y notable de su pasado, encargándose, cuando no, otras naciones europeas de representar á aquellas más apartadas, relacionadas directamente por su historia con las tierras más extremas americanas.

Dinamarca, Suecia y Noruega nos presentaron las mues-

tras y pruebas más incontrovertibles sobre la historia y etnografía de las regiones boreales; Suecia, representada por su Delegado el ilustre navegante M. de Nordenskiöld, nos ofrecía el resultado de la afortunada expedición de este intrépido navegante, que en el vapor *Vega*, resolvió el problema geográfico de la comunicación de los mares polares, ilustrando su viaje con los modelos más al natural de los esquimales alaskianos y del Estrecho de Behring y otros habitantes de aquellas heladas regiones; Noruega, nos trajo exacto modelo de la célebre nave de los vikins, hallada bajo un túmulo en sus costas en 1880, sin duda una de aquellas en las que en los siglos IX, X y XI se lanzaron los atrevidos navegantes noruegos por los mares del Norte, y visitando sus islas y costas, pisaron con este motivo el suelo americano en el Canadá: bajando hasta el Viland, hoy Nueva Escocia, allí se establecieron, aunque su permanencia fué muy pasajera y sin ulteriores consecuencias, según terminante declaración de sus historiadores más conspicuos, sin darse entonces cuenta de que habían llegado á continentes tan dilatados; los Estados Unidos, trayéndonos abrumadora abundancia de todas las antigüedades de su suelo, manifestaban el estado de civilización lítica de los habitantes precolombinos á orillas de sus grandes ríos, que dejaron sembrado aquel campo de sus *mounds* ó terraplenes y túmulos, hoy tan explorados y estudiados, principalmente por la *Smitsonian Institutions* y el *Bureau de Ethnologia* del Museo Nacional de Wasingthon; y la opulenta señora Emmenway, comisionando á los atrevidos exploradores de las tribus actuales habitantes de los *pueblos*, y *cliff Dwellers*, que tan importantes revelaciones nos han proporcionado de la América Precolombina, con sus antiguas creencias y ritos, conservados entre aquellas breñas en tan intacto estado

primitivo, nos informaban ampliamente del pasado de la América Septentrional.

México nos admiraba también con la abundancia asombrosa de los objetos expuestos, comenzando por las inmejorables reproducciones de sus monolitos más colosales, y trayéndonos, además, colecciones de especial mérito, tanto por su novedad como por la especialidad étnica que representaban. Tres circunstanciados volúmenes nos dejó el Sr. Paso y Troncoso, Director del Museo Nacional de México y representante de aquel Centro en el Certamen, como catálogo admirablemente ordenado y clasificado de aquellas inmensas instalaciones, dándonos detallada y razonada cuenta de los códices, planos, monumentos, objetos de cerámica, metalurgia, tejidos y tantas industrias allí presentadas, de los que tan inmenso caudal de datos históricos se deducen para la reconstrucción del pasado en aquellas comarcas.

De la región central no eran menos notables las instalaciones: Guatemala, con brillante exhibición propia, y también representada por Alemania, poseedora de sus admirables relieves de Santa Lucía de Cozumahualpa, de los que nos dejó sus más perfectos modelos; y Nicaragua exponía distintas colecciones, entre ellas la oficial, compuesta de más de mil piezas, algunas procedentes de Moyagalpa é islas Zapateras del lago de Nicaragua, á las que ayudaba en su estudio la nación Sueca por medio de su enviado el Dr. Babalius, habitante durante algunos años de aquellos países y apacífico examinador y hasta reconstructor de sus monumentos, de los que presentaba preciosos modelos en su Sección correspondiente.

La instalación de Costa Rica sorprendía á todos por la novedad y abundancia de sus instalaciones; suelo fecundísimo en reliquias antiguas debe ser el de aquella comarca,

por donde tantas gentes transitaron, en el que tantas civilizaciones han dejado sus huellas, hoy más clasificadas y ordenadas, representando algunas un estilo artístico muy determinado y que se relaciona bastante en sus adelantadas industrias cerámicas y de orfebrería con las más inmediatas del Continente Sur que por allí tuvieron que pasar para sentar en él sus reales.

Del Continente Sur no fueron menos sorprendentes las instalaciones: El Ecuador y Colombia nos dieron la razón de aquella seductora leyenda *del Dorado*, que tanta empresa hizo acometer y que tantas vidas costó, pues la Sala de la última de éstas era verdaderamente deslumbradora por su riqueza inmensa en objetos de oro, tan valiosos por la materia como por el exquisito arte y gusto estético con que estaban fabricados; entre ellos destacaba, en lugar preeminente, el inapreciable tesoro de los Quimbayas, regalado á España por la espléndida República Colombiana, y que hoy guarda el Museo Arqueológico Nacional como una de las más preciadas y singulares colecciones de objetos americanos precolombinos, abundando, además, los ejemplares de la misma materia y arte, pertenecientes á afortunados coleccionistas. Al lado de las joyas de los Quimbayas lucían las de sus imitadores los chipchas, que, de manera tan infantil y curiosa, copiaron el arte de sus superiores maestros. Allí también se veían las muestras de una especie de cerámica, quizá la más artística de toda la América y que nos ponía en comunicación con la del Ecuador, en cuya región se produjeron vasos de tal tamaño y correcto perfil, que nos hace sospechar en ellos el empleo del torno.

La colección del Ecuador era, además, interesantísima en su parte precolombina por otros valiosos objetos, como el modelo en madera que estuvo chapeado de oro, de uno de

sus principales templos, y el llamado del Chavin, que nos ha de servir de jalón para ulteriores consideraciones, mas una gran abundancia de objetos en piedra, cobre y barro que nos preparaban y ponían en contacto con el arte y las industrias del gran imperio de los Incas.

El Perú tenía doble representación por las riquezas exuberantes de nuestro Museo Nacional en este género de antigüedades, como por las selectas muestras que enviaba aquel Estado.

Nuestras colecciones se completaban con las procedentes de los templos del Sol y Gran Chimú aportados al Certamen, así como con la preciosa colección de *huacos* que quedó entre nosotros, y objetos de oro que lucen hoy en el Museo Arqueológico Nacional, gracias á la munificencia de aquel Estado.

Bolivia presentó también muestras muy características de la etnografía de los aymaras y los moxos, con sus conquistadores los kichuas, presentando objetos de gran valor para el estudio del pasado en aquel tradicional lago de Titicaca, con sus celeberrimos templos de Tiahuanaco y otros que tanto interés despiertan en aquel núcleo de civilización americana meridional precolombina.

El Uruguay trajo cuanto de arqueológico, con aspecto de lo que llamamos prehistórico, ha brotado de aquel suelo. Ocupado éste por razas inferiores, su cultura no alcanza más allá del trabajo de la piedra; de esta materia, y algunos de madera, son todos los objetos que constituyen hasta hoy la arqueología de aquella región, que demuestran cuán separadas se encontraron siempre aquellas gentes de los focos de civilización que lucieron en la América antigua. De la región Argentina, del Brasil y otras del extremo meridional del continente Sur tampoco faltaron objetos característicos y curio-

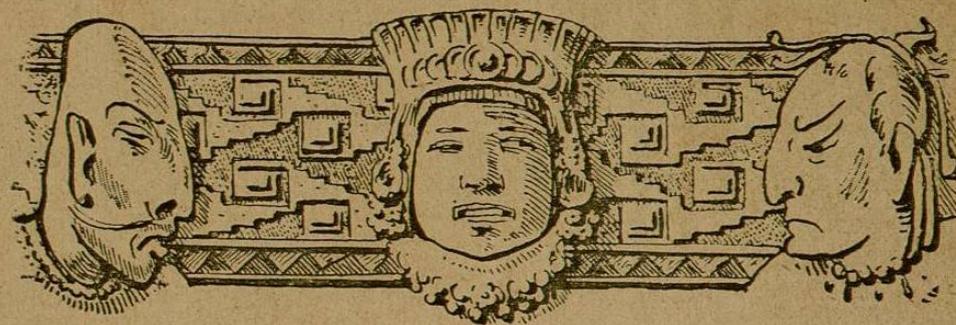
sos, participando todos de aquel aspecto y carácter de sus incultos productores, menos los de la región contigua al Perú, representados en el gran álbum de acuarelas de la República Argentina, que se asimilaban por su gusto y arte á los de los servidores de los Incas.

Recorridos todos aquellos inmensos salones en el orden descripto, quedaba el ánimo suspenso y aplanado por tan largo viaje histórico del uno al otro extremo del Nuevo Mundo; pero al propio tiempo excitábase el interés del más detenido examen, al ver allí patente por sus restos la vida pasada de aquellas naciones que ocuparon tan dilatados espacios del planeta.

Aun para ello existían otras instalaciones complementarias, pues las Secciones documentales, surtidas por los fondos de nuestros abundantísimos Archivos y otros americanos, proporcionaban labor interminable á muchos hombres que á ella quisieran aplicarse, no faltando tampoco instalaciones iconográficas, en las que los ojos se espaciaban contemplando las vistas de tan hermosos países, ó reconocían los rasgos personales de su primer descubridor Colón y otros insignes navegantes.

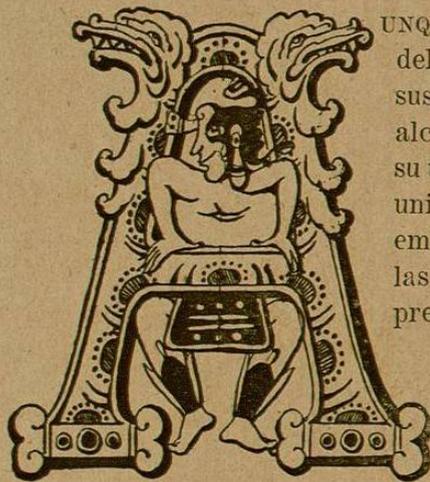
Tal fué, á grandes rasgos, aquel grandioso Certamen que con admiración de propios y extraños celebramos con motivo de la conmemoración del gran acontecimiento realizado por el insigne Almirante. La contemplación de tantas riquezas aglomeradas; la curiosidad despertada con ocasión tan propicia para poder implorar de aquellos preciosos restos el recuerdo que contenían; la fácil comparación de unos pueblos con otros que, allí reunidos, nos presentaban puntos de contacto, influencias y semejanzas demostradoras de las conexiones entre ellos habidas, y tantos otros motivos de excitación científica, fué lo que nos indujo á demandar de

aquellas verídicas auténticas el secreto de su historia. No pretendemos, como al principio decíamos, fundamentar principios, ni dejar señalados los puntos cardinales del estudio; ni el momento es oportuno, ni los datos lo consienten; apenas en el estado actual de adelanto histórico si podemos esperar que una doctrina no sea desechada al poco tiempo, pero satisfechos quedaremos si al desbrozar algo el camino apenas trazado de la comparación entre las civilizaciones americanas con el extremo oriental asiático, vemos que otros nos siguen, sacando mejores consecuencias de tal estudio.



## I

## Antropología y etnografía.



UNQUE los primitivos habitantes del Nuevo Mundo ostenten en sus tipos caracteres afines que alcanzan á toda la extensión de su territorio, prestándoles cierta unidad, no podemos aceptar, sin embargo, la antigua división de las razas humanas, que comprendía bajo el apelativo de cobrizas, á todas las gentes de la América. Dentro de esta aparente igualdad existen diferencias notables, variedades de organización que marcan entre ellas muy distintos orígenes y hasta contrarias progenes. De los altos y fornidos patagones á los enanos y más audaces que fuertes esquimales; de los aguileños incas á los chatos charruas, obsérvanse diferencias tales en su aspecto externo, como entre los hombres de cualquier otro continente de los antiguos conocidos (1).

(1) Véase adición I, pág. 156.